

EN LA PLAZA MONUMENTAL

El discurso del jefe de los radicales, D. Alejandro Lerroux

Palabras de paz para todos los hombres de buena voluntad; de odio y de rencor para nadie. (Muy bien.)

Son sentimientos que estuvieron siempre ausentes de mi corazón; más habían de estarlo en esta hora crítica y suprema en que se necesita la asociación de la bondad de todos, del amor de todos, para sacar indemne la Patria de sus peligros, sobre el pavés de la República. Palabras de amor para aquellos amigos que, abandonando la comodidad de su hogar y el cuidado de sus negocios, han atravesado España entera, para venir a escuchar aquí, en estos momentos, la voz que no sé si tendrá la fortuna de acertar a interpretar los sentimientos de todos. Palabras de amistad y de gratitud, que también es amor, para aquellos amigos de Barcelona que en tantas ocasiones me elevaron a la cumbre de la representación parlamentaria, para que yo pudiera desde la tribuna del Congreso combatir en todo momento por los ideales que al fin han triunfado en la forma, que al fin plenamente triunfarán en el fondo. (Muy bien.)

Las flámulas que les acompañan en el viaje, que ondean aquí al sol y decoran esta plaza, son los estandartes con los cuales, en tantas ocasiones, las huestes radicales mantuvieron casi solos los ideales republicanos en España, y en tantas otras ocasiones sirvieron de sudario a amigos que rindieron la vida por los ideales. Palabras de consideración, de solidaridad, para este admirable pueblo de Madrid, que en las horas más críticas de mi vida ha querido darme la confianza máxima—no pongo en estas palabras vanidad de ninguna especie—entregándoseme, en una votación sin precedentes también, las máximas responsabilidades al mismo tiempo que la gloria más alta. Y al pueblo español entero y a todas las clases sociales, sin excepción, reunidas y representadas aquí, que han querido venir a escuchar la palabra de un hombre que, currido por los años, ha adquirido los merecimientos de la experiencia, a todas esas representaciones el homenaje de mi respeto, el homenaje también de mi amistad, porque sin ellos, en la hora presente, como acaban de significaros, yo no estaría armoniosa ni proporcionalmente a la grandeza del acto, ocupando debidamente este lugar.

Concibo perfectamente, aunque me coaccione de manera extremada, la expectación que ha despertado en toda España el acto que estamos celebrando, pues dejando aparte incidencias que han venido produciéndose (y sobre las cuales el comentario y las interpretaciones no acerto siempre) el estado de alma, de conciencia del pueblo español, no se ha sentido todavía interpretado en ninguno de los momentos en que las nuevas instituciones actuaron en la vida pública. (Muy bien. Ovocación.)

Vosotros sabéis que durante medio siglo la España protestataria, que encontró su expresión más adecuada en la República, ha venido propugnando por el triunfo de su ideal, y hallando cerradas todas las puertas de la legalidad para que dentro de la vida normal hubiera sido posible la evolución que por la mayoría del pueblo español hubiera llevado el ideal al triunfo, acariciando la concepción revolucionaria como medio único de conseguirlo. Así se han educado varias generaciones de nuestro temperamento meridional, que no sabían concebir tampoco la revolución sino con el acompañamiento del estruendo, del sacrificio propio o ajeno, del rui-

do del cañón, del olor de la pólvora, de todo ese dramatismo tan propio de nuestro temperamento, y para lo cual nos preparábamos todos los días durante tantos años llamados en el estudio de la vida pública. Pero es que la revolución estalló más que en España en el mundo con la guerra que pudieramos llamar universal. La lección de esa guerra hizo que en muchos pueblos, singularmente en el nuestro lo mismo los altos poderes que las masas democráticas, llegado el momento de la transformación, prefiriese la obra evolutiva a la obra trágica, traicionablemente revolucionaria.

Si en los primeros momentos, si en el primer mes, los hombres que representamos a la República nos hubiéramos arrojado a la obra de transformación por la violencia o sin tener en consideración intereses de ninguna clase, todas las clases sociales y todos los intereses se hubieran aliado con facilidad. No fué así: triunfó el criterio pacifista, por fortuna.

Bastó que la opinión pública se manifestase con arrojo y valentía en unas elecciones municipales para que los altos poderes, en armonía con las aspiraciones del pueblo, abdicasen de aquello que habían prometido no abandonar nunca, sin lucha y en el contraste de aquel precedente, de aquella concepción trágica revolucionaria y en la realización de esta transformación se generó inmediatamente una ansiedad y una tranquilidad que ha producido, ciertamente, en su mayor parte, esta expectación. (El amplificador se estropea, y deseando el público que continúe hablando sin él, por estimar que lo oye mejor, dice:

—Tened tranquilidad y tened paciencia. Muchos os habeis tomado la molestia de venir porque habeis podido hacer ese sacrificio para gozar, no solamente de la voz de los que hablaban, sino del espectáculo mismo animador y entusiasmador; pero quedan muchos otros en el resto de España que, por medio de la radiodifusión, están escuchando también. Haced por vuestros hermanos, por la propaganda... (enorme ovación que impide oír al orador.)

Pasados los primeros momentos que sucedieron a la transformación del régimen, se acometieron trascendentales reformas, que, ya entonces, por no contar con la realidad imperante que volvió a tomar en la vida pública su predominio, anunciándose en forma que alarmaron tantos espíritus y tantos intereses, pudieron parecer precoces; era que la generosidad de los republicanos, dando compensaciones extraordinarias a los que les ayudaron en la obra de la transformación, concedieron a la representación del partido socialista, preponderancia que, prevaleciendo con exceso, no diré que inmerecido, sino desproporcionado a la realidad de nuestro país... (Ovocación.)

¿No se entienda, o se entienda de demasiado? (Ovocación.)

Respetemos todos, porque delante de nosotros extremistas de la derecha, debemos dar el ejemplo de que podemos, los que vivimos en los ambientes de la República, discutir serenamente y decirnos cara a cara todo lo que nos teagamos que decir sin agravios, pero sin agravios a la verdad. (Muy bien. Aplausos.) El país no se ha sentido gobernado en república. El país hubiera admitido y está deseando... (Se reproducen los ruidos por defecto de la audición y el orador dice:) Sentad, no temáis peligro alguno, que la organización del acto garantiza que donde surja

una protesta tendrá respeto si se hace consideradamente, pero será sometida si se transformara en rebeldía que tenga por objeto perturbar el acto mismo. (Muy bien. Aplausos.)

No se ha sentido el país gobernado en república, quiere decir, en doctrina netamente republicana, esto es, de libertad, de amplia libertad individual para que tomase la evolución el tren necesario para conquistar cada día un poco más de libertad, y con ello el instrumento necesario para impulsar a la realización por etapas de la justicia social con que soñamos todos.

No es agravio para nadie decir que la preponderancia, por torrencial que los republicanos, por excesiva gratitud de los republicanos, la preponderancia de un sentido socialista en el Gobierno, ha producido en el país entero un estado de alarma que justifica ahora esta expectación. (Muy bien. Aplausos.)

Cuidado, amigos, que mis palabras no son una condenación para la doctrina ni para las aspiraciones, perfectamente legítimas, ni siquiera para la conducta. Mis palabras son sencillamente un análisis de esta expectación que no está ciertamente justificada por la persona y que es necesario que en la conciencia de todos quede bien explicada.

No; yo sé bien que aspiraciones de justicia social que prevalecen principalmente en el programa del partido, que son comunes a todos los partidos republicanos, habrán de tener una realidad en su tiempo y oportunidad; pero también sé que la primera condición de la eficacia para las soluciones políticas es que sean oportunas porque si se anticipan o porque no está preparada la economía nacional o porque no está preparada la conciencia pública, que necesita algunos años de evolución y de enseñanza democrática, se frustran y fracasan, y el enemigo atribuye a falta de virtualidad en los principios lo que se debe exclusivamente a falta de oportunidad en la aplicación. (Muy bien. Aplausos.)

Ved, señores, esta expectación, que hasta ahora no tuvo y espero que no tendrá exaltaciones que la saquen fuera de la ley, esta expectación, an es de la pasada, lamentable y vergonzosa dictadura, hubiera tenido inmediatamente una derivación aspirando a una dictadura nueva, y si ahora no ha tenido esa derivación es porque impera la República liberal y democrática, y hay partidos republicanos en el país que en la hora oportuna cuando respondan a empujes de la opinión, saurán cumplir con su deber, exigiendo en el Parlamento que termine la época constituyente y comience la de estabilización definitiva de la República con un Gobierno en el que, estando representadas todas las tendencias, facilite el camino que ha de llevar a que de nuevos los elementos socialistas, participando o plenamente o por colaboración en el Poder, den el impulso necesario a la evolución realizada para que la justicia social llegue a la población. (Muy bien.)

Y toda esa expectación, como siempre, necesitada una concreción, y se ha concretado alrededor de un hombre. ¿Es esto justo? No lo es. ¿Podría más que a los elementos republicanos y democráticos, a los que aún no están con la democracia identificados me dirijo, para decirles que aprendan a no confiar la solución de los problemas a un nombre, que, en definitiva, si tanto poder tuviera sería un dictador, mejor o peor disfrazado, ni a un grupo de hombres, que sería una

oligarquía conduciendo a un rebaño; que confien en sí mismos, que este espectáculo que estamos presenciando y que es algo que también se deriva de esa expectación que analizo, signifique la participación, ya en lo sucesivo ininterrumpida, de todas las clases sociales en la vida pública alrededor de la República, o enfrente de la República, para fiscalizarla, impulsarla o retenerla; pero no ausencia, con la cual la República misma, divorciada del país, vendría también a representar la dictadura de un partido, o la dictadura de una clase social.

Yo no me hice nunca la ilusión, yo no he sentido nunca esas vanidades que ahora ya serían vanidades seniles; de que toda esa expectación alrededor de un hombre significaba en mí cualidades que no tengo, competencias que no he alcanzado, preparación que me falta, poder que no está en mí, porque eso sería obra de milagro, sino en vosotros mismos. Yo no he tenido nunca esa vanidad. ¿Cómo había de tenerla ahora, cuando ya en la cumbre de la edad, viejo, cansado, combatido, difamado, perseguido, gastado por la lucha, no puedo ofrecer sino una historia, una iniciativa y un ejemplo?

Ciudadanos españoles, que aquí estais presentes, y que fuera de aquí me escuchais: si la obra que hay que realizar se hubiera de realizar exclusivamente por el imperio de una voluntad, y esa fuera la mía y me faltara vuestra asistencia, ah! yo no podría dar ni siquiera el primer paso. Yo tampoco lo podría dar en esa forma. Yo necesito que en esta hora suprema, si esa expectación deja de serlo, se convierta en confianza, se convierta en solidaridad, porque solamente con la confianza, con la solidaridad del pueblo español, un hombre que representa un partido, un partido que representa un programa y una conducta, podrá crearse legítimamente intérprete de todo el país para conducirle por el ancho camino de la libertad, con ayuda de la República, del Derecho y de la Justicia, a un estado de mayor felicidad que aquel en que se encuentra actualmente. (Aplausos.)

Yo he pensado también que esa expectación, lo que podía significar era una interrogación a aquello que se ha dado en llamar el silencio de Lerroux. ¿Mi silencio? ¿Pero es que yo he callado alguna vez? Alguna vez, cuando la palabra callaba, hablaban los actos, que suelen ser también tan eficaces, y a veces más eficaces que las palabras. Pero desde 1891, en que yo comencé mis campañas en la Prensa republicana, yo no he dejado ni un solo día de hablar o en la Prensa, o en la tribuna pública, o en la tribuna parlamentaria. Y cuando se restringía la libertad, hablaba por circulares, con mis amigos, o hablaba por manifiestos políticos, que todo el camino de mi vida me quedado sembrado de esa naturaleza, y es muchedumbre la que constituye una correspondencia epistolar en la cual he ido volcando en el alma, en aquella forma en que sale más sinceramente, por la comunicación que se hace en la intimidad, en un alma, entre dos almas que se sienten identificadas. ¿Es eso callar? No; yo he callado cuando el silencio me significaba un homenaje debido a la realidad o sacrificio a la causa.

En efecto, lo que puede suceder es que se haya interpretado mal ese silencio, generalizando las ocasiones en que la opinión creyó que debía hablar y yo oí que debí callar. Porque yo he procurado siempre

ir delante o acompañado de la opinión, pero cuando la he creído equivocada, humildemente y modestamente, me he reclinado y la he dejado pasar.

Podrá decirse que yo callé en San Sebastián. Yo fui el iniciador y el promotor de aquella reunión; yo vi que en aquella reunión tenía eco injusto los injustos recelos con que, de tanto tiempo y por un fenómeno moral explicable, todos los elementos modernos en la República o todos los que a la República se sumaban antes de su triunfo, me miraban a mí, que, gastado en las luchas, como antes dije, no siempre he aparecido con la historia que realmente debe acompañarme, sino a través de aquellos que hizo contra mí la malevolencia, la difamación o la calumnia. (Muy bien.) Yo ví la conjura; yo ví que, por desconfianza, que no me atrevo a anatematizar, porque acaso era generosa y de buenos propósitos, a mí se me eliminaba del comité revolucionario. Y yo sonreí, y yo callé; sonreí y silencio que quería decir: como antaño, contra mí podréis hacer algo; pero sin mí no podréis hacer nada. (Muy bien. Ovocación.)

Hablé en la reunión de San Sebastián únicamente para procurar calmar el ímpetu ardiente de algunos compañeros que, dentro de pretensiones exageradas o descarnadamente puestas de los catalanes y catalanistas que a la reunión concurrieron, sintieron sobrearse en su alma el espíritu españolista. Y ante aquel posible choque y ante aquel posible rompimiento, yo, que tengo del problema un conocimiento y un estado de conciencia que todos no pueden tener, porque no se les conoce con una o con dos visitas a Cataluña, procuré que la armonía surgiese de allí. Y surgió la armonía y comenzó la obra revolucionaria.

Yo callé cuando el comité revolucionario, pidiendo a requerimientos de quienes podían hacerlos, se constituyó en Gobierno, y, sin reunión previa conmigo y sin consultarme—que, porque yo peino caras y sumo muchos años, mas que ninguno de mis compañeros, hubiera necesitado esa consoladora muestra de respeto—, sin consultarme se me adjudicaba una cartera, y tenía que suponer mi suspirio, y si quisiera supuso mi mancha, que se me adjudicaba una cartera para la cual yo no tenía preparación alguna; pero, además, en la que yo no podía tomar posiciones para el día de mañana en las que mis amigos representaran el sentido histórico del republicanismo español. (Muy bien.)

Pero la posibilidad del triunfo de la República me pedía ese sacrificio, y callé; callé cuando, en la hora suprema se me dieron órdenes como a un soldado. Callé en los Consejos de ministros, cuando el hablar hubiera podido parecer discrepancia o disidencia que dificultase en aquellas horas primaverales, tan graves y tan difíciles, la obra de dirigir un pueblo en el que ardía el temperamento revolucionario, que no había tenido ocasión de satisfacerse tragicamente. Callé cuando ví que en la organización política, regiones enteras, con sus gobernadores civiles, con daño evidente, con perjuicio de la ponderación de fuerzas y de mis amigos en el partido republicano radical. (Muy bien.) Callé cuando, con posible riesgo de la República, la lealtad del señor Azáña desde el banco azul se creyó en el caso de producir un discurso para dar satisfacción a su conciencia, procurando la crisis que se produjo con la dimisión del presidente del Consejo de ministros,

porque hablar en aquel entonces, en que estaba la autoridad y el Gobierno en medio de la calle, hubiera sido tanto como poner en crisis también a la República. Callé también cuando el ministro de la Guerra, en horas trágicas, se levantaba en el Congreso a decirnos que no teníamos ejército, porque no había fusiles, porque no había municiones, porque no había ametralladoras, porque no había campo de experimentación, al propio tiempo que la plebe, no el pueblo, desmantelándose de toda disciplina, invadía las haciendas en los pueblos rurales. Y poco después la guardia civil, fuerza de choque, de conservación de las instituciones, tenía encuentros trágicos, en el que sucumbían, no en una lucha en el cumplimiento de su deber, sino sacrificados por el instinto homicida... (Grandes aplausos.) Callé, en fin, cuando en la última crisis, ésta se resolvió en modo enteramente contrario a lo que en la reunión del Consejo nacional de Alianza republicana, con asistencia de cuat o ministros, se hubo acordado entre todos, por unanimidad y sin una sola discrepancia, acordado, esto es, que llegado el momento de la instalación definitiva de las instituciones republicanas, aprobada la Constitución, elegido el presidente de la República, o aquella crisis no significaba nada y no podía producirse, o de producirse era para comenzar una política nueva.

¿Cuál podía ser aquella política nueva? Podía ser, no la de un divorcio, riñendo los conyuges, y separándose con mutuo aborrecimiento, sino la de una separación amistosa entre socialistas y republicanos.

Yo nunca sostenido que era ahora de que, sin las apariencias de las realidades de un divorcio, los unos volvieran a sus cuarteles, los otros, que representaban, en toda la variedad de matices, dentro del Gobierno y dentro de la Cámara, toda la democracia republicana española, tomaran la responsabilidad de comenzar una política fructífera, notablemente republicana. (Muy bien.)

Esos han sido mis silencios; han sido, como dije al principio, homenaje y consideración a la unidad de las fuerzas parlamentarias y sacrificio hecho en homenaje a la República. Porque, amigos, ¿qué más sacrificio que se me pide, el definitivo silencio, la retirada a mi hogar? (Voces: No, no. Grandes aplausos.) Cuando no se puede hacer otra cosa que lo que significa en sentido no negativo el retirarse, si es sacrificio y eso contribuye a la estabilización de la República, yo me sacrificaré. Yo no me he negado más que a un sacrificio. Cuando hubo un momento de posibilidad de que la ilustre persona que está hoy en la cumbre del Estado no quisiera mantener su candidatura para presidente de la República, número de ofrecerse a mí, y para que no quedase atrás el argumento diré que el primero que me la ofreció fue una ilustre representación del partido socialista. Y yo huí de decir que no tenía derecho a ese sacrificio, porque no solamente me sacrificaba yo, sino que sacrificaba a toda esa legión de republicanos históricos que durante veintidós años me tuvieron conmigo el espíritu de la democracia republicana (grandes aplausos) y convirtieron en todo momento y en todo instante a la Monarquía e hicieron posible, llegada la hora suprema, que en torno suyo y con su asistencia, una y otra vez, hasta que se llegó al triunfo se hicieron los intentos re-

volucionarios que, por fin, lo culminaron (Grandes aplausos).

Pero el silencio ya ha terminado. Ha terminado en la calle y va a terminar en el Parlamento. (Muy bien. Prolongados aplausos.)

¿Pero es que alguien lo interpreta como una amenaza? ¿Pero es que esto significa que vamos a entrar en lucha de partidos y vamos a perturbar la vida de la República? (Voces: No, no.) o vamos a discutir con apasionamiento la obra del Gobierno? Si eso pensáis, ¡baldona! me, porque yo a esto ya estoy resuelto a discurrir con calma. Mientras se discutieron ideas o se plantearon problemas en la discusión de la Constitución que pudieran poner en pugna unos con otros a los representantes de las distintas fracciones republicanas y que mi intervención en los debates hubiera podido poner en aquellos que, porque no me conocen suficientemente, ni me consideraran ni me estiman y noieran podido ultrajar un valor que yo tengo que conservar en reserva para otros días mucho más difíciles que acaso pueden llegar en la República, yo no intervine por respeto a esa juventud ardiente, apasionada, poco adoctrinada, recién llegada en su mayoría a las filas republicanas y que venía con todos los deseos propios de los neófitos de ganar rápidamente los méritos de la veterania, yo no intervine porque quisiera que fueran ellos, que fuera la juventud, que fuera la inexperiencia la que hablase, para que otros hombres que representaran la sabiduría y la experiencia, pero que no representaban a los que hemos militado de antiguo en los partidos republicanos, los que a su vez se levantasen con una autoridad virgen que en ellos es discutida, a poner freno en lo que fuese menester. Pero ahora ya no se trata de aquellos ideales, ahora se trata también de intereses, ahora se trata de presupuestos, ahora se trata de leyes tributarias, ahora se trata de reforma agraria, ahora se trata del Estatuto de Cataluña; ahora se trata de otros Estatutos, y delante de eso los intereses legítimos, sintiéndose amenazado por una intervención excesiva de un sentido social que será justicia mañana, pero que en la oportunidad no lo es, necesitan otra voz, necesitan una interpretación, necesitan estar representados en el Parlamento, necesitan que esta mañana no sea levantado a propaganda por la justicia en todos sus aspectos y no es justicia solamente aquella que ponga día de mañana en manos de un ministro de Hacienda para hacer política rasa con el propósito de, en veinticuatro horas, en veinticuatro días o en veinticuatro semanas, llegar a una nivelación por medios exclusivamente impuestos a las clases productoras de todo linaje. (Gran ovación) desde el momento que transcurra el trabajo de riqueza a través del industrial y el comerciante y las empresas que a través de la riqueza en el trasiego internacional por todo el mundo, para que se traduzca en beneficio de la patria aquello que tiene derecho. (Muy bien. Aplausos.) Tampoco es cierto que yo haya interrumpido mi silencio para entablar competencia de doctrinas. El partido radical no necesita de esas competencias y no se trata de arrastrar el peso de la vida por medio del sentido común de la realidad y de la prudencia, cabalgando en su fantasía, a nadie trata de disputar un puesto a la izquierda ni, mucho me-

(Continúa en cuarta plana.)

